

2/H 8/

PAG-1/0004

1613615403

SESION INAUGURAL

DEL

Círculo de Lérida

CELEBRADA

EN 1.º DE ENERO DE 1896



LERIDA

IMPRESA Y LIBRERÍA DE JOSÉ ANTONIO PAGÉS

1896

DISCURSO DEL PRESIDENTE

D. Ignacio Simon y Ponti

SEÑORES:

Réstanle al decrepito siglo XIX escasos años de vida. Cuando nuestro diminuto planeta, siguiendo fielmente la elíptica indicada por el Creador de los mundos, haya girado otras cuatro veces en torno del Rey de los astros, el siglo llamado de las luces habrá terminado su azarosa existencia, evaporándose por entre la misteriosa bruma de los tiempos y dejando entre los hombres indelebles recuerdos de horribidas guerras, motines, destronamientos y revoluciones sociales y morales, y de toda suerte de cataclismos, debidos á su irracional desvío de la ley moral y á la persistente obsesion por los fementidos goces de la materia. Legará á su sucesor el escepticismo en religion, el panteismo en filosofía, el individualismo en el derecho, el realismo en las artes, el caos en la política; en suma, el trastorno de la inteligencia, la corrupcion del corazon, la espantosa conmocion de todos los órdenes sociales. Hará especial manda del estado sin Dios, ó, alternativamente, de un Dios en participacion con los falsos ídolos del placer y del oro, á los cuales se rinde culto en lógias y sinagogas.

¡Triste herencia, señores la del siglo XIX, cuyo líquido hereditario son esas abrumado-

ras millaradas de millones de la deuda de los Estados, cuyo pago de intereses consume ya casi toda su fuerza productora!

Es que las razas latinas, tan grandes cuando fueron verdaderamente cristianas, cuando la única fé salvadora alentaba lo mismo en los palacios y basílicas que en las humildes viviendas, lo mismo en los códigos que en las costumbres, prestaron oído á la voz de los falsos filósofos, desoyeron la voz de Dios, y á no tardar viéronse hundidas en la sima de todas las depravaciones, en un caos inconcebible de errores, que bullen en el cerebro de las clases llamadas ilustradas y en una corrupcion espantosa de costumbres que corroe la carne y hasta las mas tenues células del cuerpo social. La justicia eleva las naciones; la injusticia las abate y humilla.

Tambien la noble hija de Recaredo, la que fué reina de las naciones durante los gloriosos reinados de los Austrias, dió en la segunda mitad del pasado siglo franco paso al filosofismo, padre del racionalismo, engendro este de las revoluciones, entre cuyas angustiosas intermitencias vivimos. En los albores de nuestro siglo, seducidos los estadistas de las Cortes de Cadiz por las utópicas cuanto sangrientas declaraciones de los derechos del hombre, lograron hacer mella en nuestra católica fé y tradicionales costumbres, pero á la vez abrieron formidable brecha á nuestra prosperidad nacional, arrancando de la corona de España las mas ricas colonias del nuevo mundo.

Con la falsa teoria de que los bienes de la Iglesia y de los pueblos eran propiedad de la

nacion, sentaron entre nosotros la primera base del socialismo; arraigó la codicia en muchos corazones viniéndose á demostrar lo que en sí valian las flamantes libertades con los vandálicos asaltos de los conventos, con la depredacion de sus bienes y con la triple profanacion de Dios, del derecho y del arte.

Ni siquiera aprovecharon á nuestra desgraciada patria los treinta dineros, ó, si quereis, trescientos millones, con que vendió al justo, porque ese precio de sangre se ha convertido en siempre creciente deuda, ha descendido al mas bajo nivel nuestro crédito europeo y ya casi sentimos extenuadas nuestras fuerzas, no para conquistar como antes nuevos reinos, sino para retener el último giron de nuestra preponderancia americana, la gran Antilla, que absorbe rios de sangre española y los millones que á fabulosos intereses nos presta la banca judaica.

A tal estado de decadencia ha descendido España, porque al ser tolerante con los falsos dioses, con toda suerte de errores propalados en la prensa, en la cátedra y en la tribuna, forzosamente ha de serlo con la falsa moral, con la inmoralidad en las costumbres públicas y privadas.

Urge, pues, que siquiera por instinto de conservacion vuelva el mundo latino y especialmente España á encauzar por las anchurosas vias del catolicismo las corrientes desbordadas de la civilizacion.

Urge volver atrás, ó, mejor dicho y para que nadie se espante, urge volver á subir desde el abismo de depravacion, en que hemos caido, á la cima, dó brilla esplendente en todos los órdenes de la vida, el espíritu

civilizador del catolicismo. Y como el corazón es lo primero que vive y lo último que muere en nosotros, y todavía palpita por fortuna en el seno de las familias y de las muchedumbres el vivificante hálito de la Iglesia, Dios, que hace curables las naciones puede alejar de nuestras cabezas la horrible tempestad, que nos amenaza, y convertir en bien nuestros males, si de consuno nos esforzamos en promover el retorno de los pueblos á la fé, y en la reorganización cristiana del orden social, que hoy se encuentra en verdadero estado de descomposición.

A ello nos invita amorosamente el vigilantísimo Pontífice Leon XIII en sus admirables Encíclicas, y especialmente en el trascendental discurso, que á la faz del mundo dirigió á veinte mil peregrinos españoles desde la atalaya del Vaticano. En dicha alocución, el representante del cielo en la tierra, el centinela avanzado de la verdadera civilización, conocedor, como nadie, de las necesidades religiosas y sociales de España, recuérdale sus pasadas glorias, nacidas y avivadas al calor de la fé y de las cristianas costumbres de nuestros mayores, y á todos insta á que »unidos en apretada haz, prescindiendo de lo »secundario, y sujetándonos respetuosamente á los poderes constituidos, promuevan, »guiados por el Episcopado, por todos los »medios que las leyes y la equidad permitan, »los intereses de la religión y de la patria, y »compactas resistan á los enemigos de la fé »y de la sociedad civil.»

He aquí pues, grabado por mano maestra el hermoso lema del «Círculo de Lérida» que hoy solemnemente inauguramos: *Fides-Patria,*

que fué también la divisa gloriosísima de nuestros invencibles pendones catalanes. Y como la propaganda por la fé y por la patria, puede realizarse por múltiples medios, como son indefinidamente múltiples los usos de la vida, comprenderéis, señores, como á la difusión de sanas y patrióticas doctrinas, á que por medio de la prensa hace once años vienen dedicándose con heroica constancia mis dignos compañeros, es muy bueno añadir la propaganda, que nace del recto ejercicio del derecho de asociación y de reunión en este espacioso local, que cual vivificante hogar atrae con su calor nuestras personas, estrecha todas las distancias y pone al habla nuestras ideas, nuestros propósitos y hasta nuestros alientos. Y, como impera en este hogar, que es de paz, de unión y de concordia, la moral católica según prescriben sus Estatutos, á él invitamos, con él brindamos á todos, absolutamente todos los hombres de buena voluntad, á todos los buenos católicos y por tanto honradísimos ciudadanos.

En este Círculo, que nace con el nuevo año pensamos encontrar ameno descanso de nuestras profesionales tareas, cultivando las diversas aficiones que en cada hombre forman como segunda naturaleza. Por medio de veladas, lecturas, conferencias y sencillas exposiciones artísticas, cuidarán las respectivas secciones, científica, literaria y de bellas-arts, de demostrar, á la manera que se demuestra el movimiento, esto es moviéndose, que la ciencia con todos sus adelantos y descubrimientos jamás ha sido, ni puede ser, enemiga de la fé, y que á Bálmes, Sechí y Pasteur no les estorbó, antes les

ayudó, su arraigada fé, para rayar á olímpicas alturas en la filosofía, en la astronomía y en la medicina; que la sublime belleza literaria anida en el puro idealismo de nuestros preciosos clásicos españoles, y no en la lubricidad de nuestra literatura fin de siglo, cuyo único ideal es excitar el apetito mal sano de los goces materiales; y que el arte en las múltiples manifestaciones de la belleza ha de hablar al alma y no á los sentidos, ha de excitar nobles sentimientos y no groseros apetitos.

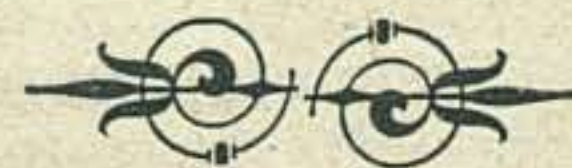
Por último, cabe también en lugar muy preferente de nuestro «Círculo» el patronato y educación de la clase obrera, á la cual hay que hacer entender que «ni el socialismo, ni el anarquismo, podrán jamás resolver el problema social, sino solamente el espíritu cristiano, que enfrena la codicia de los patrones y promueve con muchas utilísimas instituciones el mejoramiento de la situación de los proletarios, inculcando á unos y otros sus mútuos deberes de justicia y de caridad.»

He aquí, pues, delineado nuestro programa, basado en el acatamiento de las enseñanzas del Pontificado, y dibujadas toscamente nuestras tendencias y propósitos. Escasas son en verdad nuestras fuerzas; solo una piedrecita, un granito de arena podremos quizás aportar al proyectado edificio, pero acordándonos de que no es el que siembra ni el que siega, sino solamente Dios el que da á las cosas incremento, ¿quien sabe si, como ha dicho en estos últimos días un castizo escritor á nadie sospechoso, «será nuestra reserva social un firme contrafuerte para im-

»pedir el derrumbamiento de cuanto tiene
»verdadero arraigo en la sociedad y en la
»vida de la nación, y puede servir de rompe-
»olas ante las pasiones enbravecidas contra
»el orden cristiano?

Ea, pues, *pro aris et focis*. Por Dios y por la patria.

He dicho.



DISCURSO

DE

D. Trinidad Arnaldo

S. S.

Sin que casi haya podido de ello darme cuenta, las circunstancias me han conducido hasta este sitio. Situación comprometida es la mía. Mas si vine hasta aquí, si osé dirigirme á tan selecto é ilustrado auditorio como el bajo este techo congregado, al hacerlo conté con vuestra benevolencia, confié que me recibiríais como á un amigo, es mas, como á compatriota ya que esta provincia me vió nacer y entre vosotros he pasado los mejores años de mi juventud. ¿Qué cuestión, qué asunto será digno de vuestra indulgente atención? De los estatutos del Círculo, cuya inauguración celebramos, se desprende que Dios y la religión deben ser ante todo y presidir nuestros actos. El misterio de la Trinidad con su unidad de esencia fué mi primera idea; de ella brotó mi trabajo como de la divina inteligencia brotara mi razón.

Siendo Dios, creador, el soberano artífice del universo mundo y debiendo los atri-

butos del creador reflejarse en la criatura, como en purísimo cristal, la unidad que descuellan como atributo primordial del ser divino en su triple subsistencia, deberá traslucirse en la confusa mezcla, en el revuelto océano de los hechos naturales, de esos maravillosos fenómenos á que tantas veces por la índole de mis estudios he tenido que prestar atención. La razón no puede rechazar la afirmación categórica de la lógica, pero ¿cómo explicarla unidad en tan prodigiosa variedad? ¿cómo identificar fenómenos entre los cuales parece no existir lazo de unión, ni relación alguna ni la mas remota analogía? Tal es la aspiración de las teorías modernas, el bello ideal á cuya consecución dirigen sus titánicos esfuerzos las ciencias físicas. Probar esto equivale á hacer la historia completa de la ciencia moderna. No puedo yo ni aun intentar tan ardua tarea; pero séanme permitidas algunas reflexiones en apoyo de mi aserto. Si en ellas adivináis algo de las bellezas de la naturaleza yo me congratularé de ello. Si intentáis pesar las deficiencias, que han de ser muchas, colocad en el mismo platillo los quilates de mi buena voluntad. Procuraré ser breve.

Todos los conocimientos que el hombre posee, todas las verdades que á la ciencia miles de generaciones han legado, ó vienen de la experiencia, ó brotan de la razón.

El filósofo griego, guiado por la sublime antorcha de la razón, se eleva á grandes concepciones en las ciencias abstractas, funda un edificio inmortal: las matemáticas. La afirmación matemática de Pitágoras de Arquímedes, la ciencia de la cantidad y del espacio subsiste hoy sin que el pavoroso hervir de los siglos

haya conmovido un teorema ni el mas humilde corolario geométrico.

En cambio, cuando aquellos filósofos quieren explicar el mundo físico, esta máquina maravillosa que nos rodea y los fenómenos que en el seno del infinito espacio se presentan, reconcentrándose en si mismos, cerrando los ojos al mundo exterior, desdeñando interrogar á la naturaleza sobre el cómo y porqué de los fenómenos materiales, sueñan, deliran... sueños proféticos á veces, como el de la rotacion y traslacion de la tierra, pero sin valor científico y con mera categoría de hipótesis arbitrarias.

Mas sonó la hora, y los sabios guiados por Libabius, Palissy y el español Luis Vives que florecieron en el siglo XVI, y por Bacon de Verulano canciller de Inglaterra que publicó en 1620 su *Novum organum scientiarum*, descienden por fin al fecundo laboratorio de la naturaleza, observan, reproducen los hechos, agrupan los fenómenos ó los dividen en sus elementos, en una palabra, aplican al estudio de la naturaleza el método experimental, y si esta, usando frase de Echegaray, cae al fin vencida, cae destrozada tambien y solo á pedazos nos entrega su secreto: á pedazos digo, porque pedazos de la verdad y no la verdad entera son los hechos aislados.

¡Cuánta variedad al principio! ¡qué confusión de hechos particulares! Despues se comparan, se buscan relaciones, se deducen leyes empíricas y la ciencia experimental queda constituida.

Mas en las ciencias físicas, lo mismo que en las especulativas, al análisis sigue forzosamente la síntesis, á la variedad la unidad.

Cada ley empírica representa, es verdad, una síntesis parcial, un nuevo paso hácia el magnífico ideal de la ciencia, un algo mas no todo. La época moderna no se contenta con este algo; condensa por medio de una hipótesis racional las leyes empíricas de cada grupo en una sola ley y esta explica mediante los principios racionales de las matemáticas todos los hechos conocidos, tiende en fin á encerrar la infinita variedad de fenómenos materiales en una sola idea en la que quepan todos como en divino molde.

Grande es el camino recorrido.

Catórico, luz, magnetismo, electricidad, afinidad. He aquí las voces con que se ha querido designar ciertas como entidades desconocidas en su esencia, y causa de todos los fenómenos del mundo exterior.

Calórico. El calor era considerado en la teoria de la emision como un fluido especial que va de una parte á otra, y donde se acumula produce calor y desprendiéndose produce frio.

Mas en nuestro siglo se descubre el equivalente mecánico del calor, y enseguida se alza vigorosa la termodinámica. El calor no es ya un fluido, es una forma del movimiento vibratorio de las moléculas, movimiento que los ojos no ven, pero que los sentidos perciben.

Toda accion mecánica, (rozamiento, choque, presion) que al parecer se pierde, ó se anula; ni se anula ni se pierde; en realidad se trasforma por lo menos en una cantidad determinada de calor.

Los ejes de las ruedas, los útiles de cerrejera se caldean con el trabajo; el martillo

que cae repetidas veces contra su yunque, la bala que se clava en un muro, el aire comprimido en el eslabon neumático desarrollan calor.

Es más; de la misma manera que la fuerza y el movimiento se trasforman en movimientos especiales á los que se dá el nombre de calor, este se trasforma en fuerza y en movimiento. El carbon de piedra arde en el hogar de una locomotora... una enorme masa desaparece en pocas horas. El calórico, el movimiento vibratorio é interior del carbon no se ha perdido, solo ha cambiado de forma; de movimiento molecular ha pasado á total.

Y entiéndase bien; siempre en todas las experiencias hay proporcionalidad exacta entre el kilográmetro, la fuerza viva y la caloría, es decir, calor y movimiento son dos palabras que expresan una misma idea é igualar kilográmetros á calorías equivale á igualar fuerzas vivas entre si.

La luz, el lumínico no es ya el fluido imponderable de Nevton. El célebre ingles que descubrió la atraccion y que hizo en la óptica descubrimientos admirables, al mirar la luz, vió oscuro. La luz, este lazo maravilloso entre el yo y los objetos exteriores, entre el sol que está á millares de millares de leguas de mi y yo que le estoy viendo, no es otra cosa desde los trabajos de Descartes, Huyghens, Ioung, Fresnel y Cauchy que materia en movimiento.

El espacio, esa inmensa capacidad en que todo se agita, no está vacío que el vacío no existe; en donde quiera que haya espacio que en el mundo físico está en todas partes,

hay algo y este algo es el eter, sustancia imponderable, elástica que segun todas las probabilidades no difiere de la materia ponderable más que por su estado de extrema expansion, sustancia sutilísima que llena los espacios interplanetarios, penetra en nuestra atmósfera y aun en los espacios intermoleculares de los cuerpos que cubren la superficie del globo. El cuerpo luminoso, como el cuerpo caliente, no es más que un conjunto de moléculas que se mueven, que vibran. Imaginemos desde ese cuerpo luminoso, desde un punto cualquiera del astro del dia al nervio óptico una cuerda etérea, una fila de moléculas etéreas de 152 millones de kilómetros de longitud. Pues bien; el sol vibra la cuerda etérea vibra tambien, y la vibracion, el estremecimiento comunicado á la primera molécula etérea marcha, corre con una velocidad de 300.000 Km. por segundo como corre la óndulacion, la pequeña ola por una cuerda material que fija por un extremo es sacudida por nuestra mano repetidas veces, y llega al nervio óptico, y el nervio óptico vibra tambien. Vibrar el nervio óptico influido por la actividad anímica, como vibró el cuerpo luminoso, esto es ver; vibrar el eter bajo la accion de ciertas fuerzas, en determinadas condiciones y extenderse en magníficas ondas como se extienden y propagan las olas en la superficie del mar, he aquí la luz segun la ciencia moderna. Toda la óptica queda pues reducida á la vibracion del eter, á movimiento de la materia.

Magnetismo. El fluido magnético, causa de las atracciones y repulsiones de los imanes, fuerza misteriosa que dirige la aguja

imantada hacia el polo-norte y los dos fluidos secundarios boreal y austral elementos fundamentales de su doble esencia, son ya un mito, un ente de razon, Oersted descubriendo en 1819 las influencias atractivas ó repulsivas de las corrientes eléctricas sobre las agujas magnéticas, y Ampere creando poco despues con sus profundos conocimientos matemáticos la teoria electrodinámica han reducido la electricidad y el magnetismo á una sola teoría. Ampere ha creado el iman por medio del solenoide, es decir, haciendo circular por un hilo en hélice una corriente eléctrica: el iman artificial así construido es idéntico en sus propiedades á la aguja imantada.

Los cuerpos magnéticos son, pues, un conjunto de corrientes eléctricas en hélice.

¿Y qué es la electricidad? El rayo, mano airada de los dioses en la antigüedad, la chispa que cruje en la máquina de Holz, la fuerza que dirige la aguja imantada hacia el norte, el fluido que circulando por esas ténues hebras carbonosas disipa las tinieblas de este salon, todos estos fenómenos tan diversos en apariencia son una misma cosa, un fenómeno único: movimiento de la materia, movimiento del eter. Es verdad que no podemos asegurar todavía si el movimiento del eter es vibratorio ó de traslacion como lo hacíamos en el calor y en la luz; es verdad que no contamos todavía con una teoría completa y si solo con hipótesis más ó menos probables entre las que ocupa para nosotros el primer puesto la del P. Sechi, más esto no obsta para que se nos presente como cosa evidentísima el que la electricidad no sea más que una

de tantas manifestaciones de la fuerza viva eterea.

La ciencia moderna no se dá todavía por satisfecha; ella intenta incluir en el gran todo á la afinidad, fuerza que determina la combinacion y descomposicion, y causa de todos los fenómenos químicos. El calor de una bujía, la disolucion del zinc en la pila de Bunsen, la fijacion del carbono por las partes verdes vegetales, la impresion de los objetos en la placa fotográfica, no son otra cosa que movimientos de los átomos, movimiento de la materia.

Así calor, luz, magnetismo, electricidad y afinidad son una misma cosa; materia en movimiento. No de otra suerte podrían verificarse tantos cambios, y tan sorprendentes trasformaciones entre las fuerzas citadas, el trabajo mecánico y la fuerza viva.

Si el trabajo mecánico ó la fuerza viva se convierten en calor como sucede al frotarnos las manos, y en luz, como sucede en el incandescente eje de las ruedas, y en electricidad, como en la máquina de Ramsden, y en afinidad como en la explosion de la nitroglicerina por un choque violento; si aun el calor se transforma en trabajo, (máquinas de vapor), y en luz, (combustion), y en electricidad, (pila de Edmundo Becquerel), y en energía química como en la trasformacion de la caliza en cal viva; si, para abreviar, existe la misma reciprocidad respecto de la luz, electricidad y afinidad, y si por otra parte estas trasformaciones se verifican siempre en proporciones equivalentes, no puede dejar de afirmarse sin oponerse á la evidencia que todas aquellas fuerzas, antes entidades dis-

tintas, no son otra cosa que diversas manifestaciones, formas variadas de la fuerza viva, de la energía, y que esta fuerza viva, esta energía ni se crea ni se anula, solo se trasforma.

Un ejemplo y concluyo.

Cae un rayo de sol sobre las partes verdes de un vegetal, y la clorofila trasforma una parte de esta luz, de esta fuerza viva en energía química capaz de descomponer el ácido carbónico en contacto y de fijar el carbono integrante probablemente al estado de óxido. La fuerza viva de la luz empleada en esta reaccion química se ha perdido al parecer; mas en realidad solo ha pasado de actual á potencial hallándose como almacenada en las moléculas del carbono depositado y en el oxígeno desprendido.

Aquel vegetal, andando el tiempo, está en el hogar de la máquina motriz instalada no lejos de nuestra ciudad; aquellas moléculas de carbono, almacén microscópico de energía, se encuentran frente á frente de las moléculas de oxígeno que forman el aire, la combustion empieza y se desarrolla una cantidad de calor equivalente al trabajo que consumió la descomposicion química. El calor desarrollado por la combustion, el movimiento de los átomos de carbono no se ha perdido, ha cambiado de forma; el calor producido por la combustion del carbon ha desaparecido, pero en cambio, el volante gira vertiginoso en su carrera desarrollando un trabajo mecánico equivalente al calor en apariencia perdido.

Este trabajo mecánico no se pierde; la dinamó se encargará de trasformarlo en una

cantidad equivalente de electricidad, y esta electricidad, esta fuerza viva, en alas metálicas volará al interior de estos recipientes vacíos para mostrarse radiante y tal como del astro del dia viniera.

Siempre el mismo principio; la invariabilidad de la suma total de energías tan evidente como la invariabilidad de la suma total de materia. Siempre los mismos fenómenos; trasformacion del movimiento.

Y si el calor, la luz, la electricidad, la afinidad no son ni calor, ni luz, ni electricidad, ni afinidad, y si unicamente movimiento de la materia ¿cuál es el porvenir de las ciencias físicas? La mecánica pugna por envolverlas á todas, la mecánica será la ciencia de todas ellas, y por la mecánica los principios racionales de las matemáticas se aplicarán á los astros que vuelan en el espacio, á las moléculas que vibran en los cuerpos, á los átomos que en la molécula se agitan, al eter que en inmensa ola lleva la palpitacion de la materia por doquier.

El filósofo moderno puede ya cerrar los ojos, reconcentrarse en si mismo y desde el fondo de su gabinete dictar leyes, fórmulas y principios á los astros, á las moléculas, á los átomos. No de otra suerte predice Le-Verrier en 1848 la existencia de un nuevo planeta en un punto determinado del cielo, y Hamilton la refraccion cónica en los cristales de dos ejes, y Mendelejeff la existencia de un nuevo cuerpo elemental.

La experiencia llega despues, con retardo. Y el aleman Galle encuentra al enorme Neptuno proximamente en el lugar anunciado por Le-Verrier, y ensayando un cristal de

aragonita consigue al fin ver Loid la corona luminosa que Hamiltton en sus fórmulas viera, y Lecoq de Boisbaudran trabajando sobre blóndas de piedrafita descubre el galio cuyas propiedades coinciden con las del ekaluminio que poco antes brotara de la ley de periodicidad de Meyer y Mendelejeff. Y cuando la obra esté acabada, la parte experimental de las ciencias sobra casi, es endamiage que podemos romper. Por el subimos, pero ya estamos arriba; dentro de la unidad tendremos encerrados y comprendidos todos los fenómenos, todos los hechos naturales. He dicho.



DISCURSO

DE

Don Simon Clavera y Guarné

SEÑORES

La pobreza de conocimientos teóricos, la ninguna práctica en el arte de la oratoria y la superioridad y bien probada pericia de cuantos me rodeais, causas son todas ellas que producen en mi ánimo, un estado de turbacion tal, que mi boca no acierta á articular palabra alguna y mi corazon, se resiste tenazmente, á abordar la maquitud y grandeza de la mision que se me confiara. Yo os confieso con toda ingenuidad, que á no ser por corresponder á la deferencia conque inmerecidamente se me quiso honrar, invitándome á tomar parte en este solemnísimos acto, invitacion que dada su procedencia y sanos propósitos, era para mi un mandato ineludible, mis labios permanecieran sellados, mi lengua muda y vosotros libres de que mi voz molestara vuestros oidos, reclamando inmerecida atencion. No me culpeis pues si á ello me atrevo, ya que sino material al menos

moralmente, he sido en cierto modo obligado.

Y dicho esto para justificar mi osadía y conseguir al propio tiempo vuestra segura indulgencia, yo os prometo en cambio hacer en favor vuestro, cuanto buenamente pueda, molestando el más breve tiempo posible vuestra benévola atención, única fuerza con que cuento en estos momentos, para mí de verdadera emoción y azoramiento.

Entre los muchísimos é interesantes temas, que para mi humilde disertación pudiera haber escogido, ninguno á mi entender de tanta importancia práctica, cual el que desde el primer momento concibió mi mente, á saber. «Causas de la decadencia universal de nuestra corrompida sociedad y remedios para regenerarla.»

La penuria que aflige á la sociedad de nuestros días, el malestar que, en mayor ó menor escala, alcanza y afecta á todos y á cada uno de sus miembros, verdad es por desgracia demasiado conocida, confesada y publicada en todos lugares, á todas horas y por las clases todas; doctos y legos, poderosos é indigentes, ciudadanos y aldeanos, artistas y comerciantes, industriales y labriegos.

Si pues es evidente y por todos reconocido, que no esta nación ni la otra. sino en general nuestra sociedad, padece y gime bajo un desconcierto universal que la devora y consume, á semejanza del Galeno que ante la cruenta dolencia del paciente enfermo, dirige todos sus esfuerzos á investigar las causas que produjeran el morboso estado del mismo, para en su vista aplicar aquellos re-

medios que su ciencia le aconseja, procéuremos averiguar las causas de dolencia tan funesta, y una vez conocidas, trabajar con decisión y entusiasmo por destruirlas y aniquilarlas, para que de esta manera, suprimida la causa desaparezca el efecto y el infortunio de hoy, se trueque mañana en bienestar, tranquilidad y dicha individual y social.

Detenerme á explicar todas y cada una de las causas que han llevado al corazón humano, tanta aflicción y desgracia tanta, fuera vana tarea, que me impediría cumplir mi promesa, de no abusar de vuestra benévola atención. Por otra parte, tampoco ello precisa, ya que en mi humilde opinión, todas esas múltiples por no decir infinitas concausas, que tanta desolación originan, todos á mi entender tienen un origen común, viniendo á ser como consecuencias de una causa primera ó fundamental y por consiguiente, si logramos señalar esta, y luego de conocida, procurar cada uno en la medida de nuestras fuerzas, estirparla y destruirla: por la misma razón que suprimido el principio desaparece la consecuencia, que agotada la fuente el río deja de ser tal, que cortada la raíz el árbol muere, desaparecerán aquellas que podemos llamar causas segundas y con ellas, los funestos efectos que motivan.

Ahora bien, esa causa primera ó fundamental, origen común de tantas otras, que han llevado al ánimo de todos la más angustiosa intranquilidad, no es otra, sino la falta de fé en los admirables misterios de nuestra religión sacrosanta y en las sublimes y con-

soladoras enseñanzas de nuestra Santa Madre la Iglesia. Examinad sino cada una de las que podemos llamar llagas sociales que afligen al humano linaje, dirigid y detened por un momento vuestra escudriñadora mirada, á cada uno de los errores que conmueven nuestra sociedad moderna, sembrando á manos llenas la miseria y el espanto, seguramente que vuestra clara inteligencia y vuestra conciencia imparcial, no descubrirá sino siempre la misma causa, á saber falta de fé en los corazones y de verdadera sumision á las inflexibles, é invariables doctrinas de nuestra Madre la Iglesia Santa.

Es que en un pueblo de creyentes fervorosos, en una sociedad fundada en los dogmas y eternas verdades del Catolicismo, todas las virtudes se hallan justificadas, todos los heroismos legitimados; al paso que en un pueblo de incrédulos, en una sociedad en que brillen por su ausencia la noción de Dios y de la vida eterna, en que el hombre ocupe el lugar que á aquel se niega, en que todo termine con el último latido de su corazón, necesariamente por la misma naturaleza de sus doctrinas, no puede producir sino miseria, corrupcion y desgracia.

Y esto no es pura fantasia mia, inapreciable reflexion que á mi mente ocurre; lo dijo ya el gran Davit. «La fé es absolutamente necesaria á las naciones, ¡no me habéis de naciones sin Dios ni Jesucristo! No las llameis dichosas. La miseria y la lujuria tomarán proporciones espantosas, reinará la abominacion en medio de la ruina. La tribulacion llegará á una altura nunca vista y si Dios en su amor infinito, no abrevia

»estos dias de infortunio, todos pereceremos »física y moralmente.»

Lo dice así mismo nuestra propia conciencia, porque, á la verdad, desde el instante en que se hace al hombre juez de sus propias acciones, la moralidad es un mito, ya que cada cual se la forjará á su capricho; desde el instante en que se niega la eterna vida, queda de hecho sancionado el fraude, el engaño, el crimen, con tal que su autor tenga habilidad suficiente, (no muy difícil en la mayoría de los casos,) para burlar la justicia humana. favoreciendo siempre de esta suerte al más audaz, al más hipócrita, en perjuicio del prudente, del ingénuo.

Nos lo atestigua por fin la experiencia de los tiempos. Abrid sino las páginas de la Historia, lo mismo religiosa que profana, y ella con sus elocuentes lecciones y con la fuerza incontrastable de los hechos, os convencerá plenamente de lo que el hombre es capaz, mientras conserva en su corazón la noción exacta de su destino y de su verdadero Creador, esto es una viva fé y una ciega sumision á los investidos del alto cometido de definirla y propagarla. Leed sino con detencion y juicio imparcial ó sereno toda la llamada Edad Media, que nosotros más acertadamente podemos denominar edad de la fé, esa edad que tan criticada, tan calumniada y anatematizada ha sido por los impios de nuestros días y que para nosotros fué la época de verdadera grandeza. Leedla digo, y en vano buscareis en la Historia del mundo entero un Rey más grande que Cárlo Magno, ni más perfecto que Fernando III, un genio más universal y profundo que Santo To-

más de Aquino; un escritor más ilustrado y un orador más elocuente, que San Bernardo; monumentos más vivificantes para el espíritu cristiano que nuestras antiguas Catedrales; decoraciones más resplandecientes, más inspiradas, más instructivas, que los relieves de nuestras Basílicas; más generosidad y más ardor bélico que en nuestras Cruzadas; más caballería que en las órdenes militares y hospitalarias; más abnegación y amor por el pueblo, que en los Hermanos mendicantes; más sublime caridad que la de los Religiosos dedicados á la redención de cautivos. No, jamás se han visto tan grandes hombres y tan grandes creaciones, por la sencilla razón, de que jamás han existido tampoco tan vivas creencias religiosas y tantas virtudes heroicas.

Esa viva fé de que se hallan animados los primeros apóstoles y propagandistas del Cristianismo, esa plena confianza en las enseñanzas que les inculca su mismo divino fundador, es bastante, es suficiente, para que aquel se abra paso, en medio de la cruenta persecución de que es objeto por parte de los Emperadores romanos y de la guerra sin cuartel que desde los primeros días le declaran los más poderosos magnates de la tierra.

Esa misma viva fé de que se sienten enardecidos sus hijos, proporciona á la Iglesia en los primeros siglos mayores victorias cada día, siquiera sea á costa de sus propias vidas, que sonrientes ponen á disposición de sus encarnizados perseguidores, sellando de esta manera con su sangre sus convicciones y creencias, dando ejemplo

á las generaciones venideras y poblando los cielos de moradores.

Esa misma viva fé, es la que más tarde, en los siglos XI, XII y XIII, enardece á los entusiastas cristianos de entonces, que conciben la magnánima idea de arrebatar del poder musulmán los santos lugares, en que se desarrollaran las grandiosas escenas de nuestra redención benditísima, á fin de que allí con más razón si cabe que en punto alguno, no ondee otra bandera que la cruz. ¡Feliz pensamiento que llevan á cabo con las famosísimas guerras cruzadas!

Esa misma fé católica, unida al santo amor de la Patria, es la que un día levanta los corazones de aquel puñado de valientes iberos, que logran escapar á la invasión sarracena, y que á los ardientes gritos de Dios é Independencia, emprenden aquella gloriosísima epopeya de nuestra Reconquista, sin igual en la Historia, que empezando con Pelayo en Covadonga, termina cerca de ocho siglos más tarde con los Reyes Católicos en Granada, último baluarte de la raza mahometana en España.

Esa misma fé y entusiasmo religioso, es la que continua labrando la felicidad y engrandecimiento de nuestra Pátria durante todo el siglo XVI, hasta conseguir figurar á la cabeza del mundo conocido en los tiempos de Carlos I y Felipe II.

Mas llega un día en que en el corazón humano se enfria aquella viva fé, que tantas grandezas y dichas sin cuento le proporcionara, comienza á dudar de las eternas verdades, pretende orgulloso emanciparse de su Creador, y desde aquel instante, cual planeta que

gira fuera de su órbita, cual abandonado ciego que camina entre abismos, cual ser que habita fuera de su elemento, se agita desconcertadamente, cae en un mar de confusiones y de error en error, de caída en caída, llega á tal grado de degradacion y envilecimiento, que concluye por colocarse al igual del bruto. ¡Triste pero necesaria consecuencia de las premisas de que partiera! ¡Deplorable pero forzosa herencia de su orgullo y vanidad!

Aunque la tarea fuera en verdad poco grata, yo bien desearía detallaros como tuvo lugar esta pérdida de la fé en el corazón cristiano, merced á la campaña contra el Cristianismo emprendida por el espíritu de las tinieblas, desde que con el llamado Renacimiento se resucitaron las antiguas doctrinas del paganismo y con la denominada Reforma, se sembraron los gérmenes de todos los grandes errores, que han tenido cumplido desarrollo en nuestro siglo.

Más temo molestaros demasiado y no queriendo á ningun precio, faltar á mi formal promesa, doy por terminada la primera parte de mi discurso y con vuestro beneplácito, me permito dar principio á la segunda.

Averiguada la causa de una enfermedad lo mismo física que moral, propinar su remedio es cosa sencillísima: basta conocer la naturaleza y propiedades de la sustancia medicinal.

Si pues, cual queda probado con nuestro propio sentido, con la autoridad de ilustres pensadores y con la irrefutable fuerza de la experiencia, todo el desconcierto y malestar universal que agita y aflige á nuestra socie-

dad, es debido á la falta de verdadera fé en los individuos y en los pueblos, los que tenemos la dicha de abrirla todavía en nuestros corazones, trabajemos con entusiasmo y ahinco para que la recobren los que la perdieron, la fortifiquen los que la sientan debilitada, la aumenten los que la conservan, y tengamos por seguro é indudable que la calma, la tranquilidad y el bienestar renacerán en los corazones de los individuos y por ende en las naciones.

En efecto, encended una viva fé en el corazón del sabio, y le vereis modesto y humilde, porque ella le dirá, que toda su ciencia, no es sino un insignificante destello de la luz divina.

Encended una viva fé en el corazón del poderoso y le tendreis sencillo y caritativo para con el indigente, porque ella le dirá, que ese indigente es un hermano á quien debe respetar y favorecer en sus necesidades; que los bienes que posee no son sino un depósito que la Providencia le confiara y del que tendrá en su día quedar estrecha cuenta.

Encended una viva fé en el corazón del menesteroso, y le tendreis sumiso y obediente para con el rico, porque ella le dirá, que es su protector á quien debe considerar como padre, si quiere despues conseguir la única riqueza que merece ser ambicionada.

Encended una viva fé en el corazón del gobernante y le vereis solícito y justiciero para con sus súbditos, porque ella le dirá, que la autoridad que sobre aquellos ejerce, no es sino delegada por el mismo Dios, á cuyas inspiraciones debe estar atento en todos sus actos y mandatos.

Encended una viva fé en el corazon del súbdito y le tendreis fiel y sumiso para con los poderes constituidos, porque ella le dirá, que estos no son sino representantes de la Autoridad suprema, esto es, la Providencia en la tierra.

Encended una viva fé en el corazon del avaro, y le volvereis desprendido y generoso, porque ella le dirá, que el oro que él ambicionaba, es incapaz de llenar las nobles y elevadas aspiraciones del alma, toda vez que siendo esta inmortal, su verdadera felicidad debe revestir tal carácter.

Encended una viva fé en el corazon de vuestro enemigo y le vereis transformado su odio en amor, porque ella le dirá, que debe perdonar las injurias reales ó fiticias, si él á su vez quiere ser perdonado.

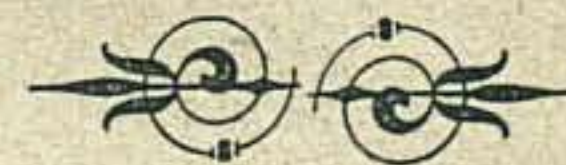
Encended una viva fé en el corazon del ciudadano y le vereis atento y hospitalario para el extranjero, porque ella le dirá que es un hermano, ya que ambos reconocen un padre comun.

En una palabra encended una viva fé en el corazon de todos los hombres, y tendreis humilde al sabio, humanitario al opulento, sumiso al pobre, justiciero al gobernante, fiel al súbdito, desinteresado al avaro, indulgente al enemigo, patriota al ciudadano, respetuoso al extraujero, y, para decirlo de una vez, tendreis resueltos todos los grandes problemas económico-sociales que trastornan á la humanidad, y á los que la ciencia moderna con todo su orgullo y vanidad, no acierta á dar solucion, no obstante sus titánicos esfuerzos y sus altaneras pretensiones.

Es, pues, necesario, es urgente, que los

que nos vanagloriemos de desear ante todo el reinado de Cristo, los que nos interesamos al propio tiempo con sana intencion por la suerte del pueblo, (tal vez con más sinceridad que los que tanto blasonan de ello,) los que sentimos verdadero anhelo por la prosperidad de las naciones y por el bienestar de la humanidad, es preciso, repito que enardecidos con el entusiasmo que un día sintieron los mártires, con el ardor bélico que más tarde animó á los Cruzados y con el valor y heroismo que en otro tiempo entusiasmó á nuestros iberos, nos lancemos no á la Reconquista de la Patria, sino á la no menos laudable y elevada Reconquista de la fé perdida, seguros de que, si logramos revestirnos de aquel entusiasmo, de aquel ardor bélico y de aquel heroismo sin límites, aunque la empresa no es menos difícil y atrevida, hemos de obtener las mismas palmas que los primeros, los mismos laureles que los segundos, y las mismas victorias que los últimos, ya que cual todos ellos hemos de ser protegidos y auxiliados por el que tiene en su mano todos los triunfos.

He dicho.



DISCURSO

DE

Don Samuel Perez y Navarro

SEÑORES:

Ni la ciencia, ni la erudicion, ni la experiencia me abonan para hablar en este sitio, y ante un público para mi tan imponente, por su saber, por su ilustracion y respetabilidad. Pero estas cualidades, que en todos y en cada uno de VV. me complazco en reconocer, y que despiertan en mi alma noble emulacion, me infunden aliento y comunican valor, porque á la verdadera grandeza es siempre simpática la humilde pequeñez, y la debilidad siempre se halla segura bajo la mano de la fortaleza prudente. Por lo tanto así como no pueden esperar de mi un trabajo digno de VV. yo me prometo vuestra cariñosa benevolencia. No será un estudio crítico, ni siquiera histórico (todo esto es muy superior á mis escasísimas fuerzas, bien lo veis); es una sencilla narracion lo que vais á oír de mis casi infantiles labios; la narracion de una de las victorias más brillantes de las ar-

mas cristianas; una página de las más gloriosas de nuestra envidiable historia patria.

DON JUAN DE AUSTRIA

Y LA BATALLA DE LEPANTO

Fuit homo missus á Deo, cui nomen erat Joannes:

Palabras del Evangelio son estas que en el momento de sorpresa y alegría causadas por la nueva de la victoria del generalísimo de la santa liga, fueron repetidas por el Pontífice Pío V, con el convencimiento íntimo de la predestinación del caudillo venturoso que dió al mundo desengaño del error en que estaba, creyendo que los turcos eran invencibles en la mar, en la más alta ocasión, que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Con el príncipe de los ingenios españoles, soldado de tal general en la famosa jornada que inspiró tan hermosas frases, todas, á porfía, los que con él hicieron el viaje al Parnaso, profirieron y escribieron otras, dignas del objeto y de la persona simpática y querida que, sin mancha ni sombra, resplandecerá perpetuamente en nuestra historia: este inmortal y esclarecido príncipe era don Juan de Austria.

El nacimiento del príncipe ocurrió en Ratisbona.

Fué puesto bajo la tutela de don Luis de Quijada y al presentarlo éste al rey en el monasterio de la Espina en 1559, como le hiciera el acatamiento de vasallo, le levantó con bondad, ciñole por su mano la espada y poniendo en su cuello el Toison de oro le dijo:

—Buen ánimo, niño mio, que sois hijo de un nobilísimo varón. El emperador Carlos V que en el cielo está, es mi padre y el vuestro.

En el momento recibió el príncipe estados propios y fué instalado en la corte y familia del Rey como descendiente de la familia imperial de Hapsburgo. Quería su padre dedicarle á la Iglesia, pero respetando las indicaciones que sobre el particular hizo al Rey, cuidó este de completar su educación literaria que habia empezado en Alemania; mostró decidida vocación á la carrera de las armas, sobresaliendo por su destreza en los ejercicios que en aquella época se consideraban indispensables para desempeñarla dignamente.

Era bizarro, galán y apuesto en su persona, y el primero en las justas y fiestas de la juventud, mostrando gran espíritu caballeresco, reflejo del de su padre, al extremo de salir secretamente de la corte, camino de Barcelona, en 1565, con la idea de acudir en auxilio de los caballeros de Malta sitiados por los turcos. La ocasión de empezar sus servicios, se presentó con los achaques que obligaron al veterano don García de Toledo á declinar los cargos de virrey de Sicilia y capitán general de la mar: para este cargo se extendió título al príncipe con fecha 15 de Enero de 1568.

Por lugarteniente se le nombró á D. Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, hombre de experiencia y de valor; por jefes y capitanes los más acreditados de la armada y por consejero á don García de Toledo, cuya quebrantada salud no le permitía embarcarse; pero que sostuvo constante correspondencia con el príncipe, informándole

de todos los asuntos graves de organizacion, armamento y municiones. En Junio del mismo año de su nombramiento, tuvo don Juan que salir á campaña y se ejercitó por ocho meses en cruceros contra turcos y berberiscos teniendo algunos combates parciales y de poca importancia; pero los sucesos le llevaron á otro teatro de operaciones. Los moriscos de Granada habian levantado el estandarte de la rebelion empenándose una guerra de espantosa ferocidad en que se gastó el prestigio de varios caudillos designados por el Rey para dirigir sus tropas. Don Juan de Austria que á la sazón contaba veinte y cuatro años de edad, fué puesto á la cabeza del ejército el año 1569 y tuvo la gloria de extinguir el fuego de aquella lucha, no sin algun contratiempo, y lamentando la muerte del anciano Quijada á quien amaba como segundo padre, pero adquiriendo con la práctica la seguridad de la decision en el mando y acreditando condiciones de capitán.

En tanto que aseguraba los beneficios de la paz en la Alpujarra, se alzaba sobre el horizonte político una tempestad amenazadora para los príncipes cristianos. Habian llegado los turcos al apogeo de su grandeza, con las victorias del famoso Soliman que sojuzgó los países más fértiles de Europa y Asia. Egipto acababa de sucumbir tambien, y Selim II, sucesor de Soliman, se propone ensanchar más sus considerables dominios á favor de la poderosa armada con que señoreaba el Mediterraneo, empezando por la isla de Chipre que poseían los venecianos. En tan grave apuro para la cristiandad el Papa Pío V dejó oír su voz, convocando á todos

los que podian concurrir á levantar un dique contra los sectarios de Mahoma, formando liga defensiva, sin que su persuasiva palabra, más que la inminencia del peligro, fuera bastante á distraer rivalidades y pretensiones que separaban á los estados europeos. La república de Venecia, como más inmediatamente amenazada, y España cuyo Rey blasonaba de campeón de la fé, fueron los únicos que acudieron al llamamiento, estimulada la primera con la noticia de la toma de Mioria, capital de la isla de Chipre, por los turcos, con todos los horrores del asalto.

A España que aprontaba el núcleo de las fuerzas navales, tocaba nombrar el jefe, y tan insigne honra cupo á don Juan de Austria. Mientras los plenipotenciarios estipulaban las condiciones de la liga, la duracion y objeto del tratado, distribucion de gastos, contingente de bajeles y soldados, convenio que se ultimó en Mayo de 1570, se habia construido en Barcelona la galera real destinada al generalísimo y llevado el casco á Sevilla, las bellas artes asociadas se ocupaban en la decoracion y adorno del bajele, que el rey quería que fuese una maravilla naval. Pintores, escultores, arquitectos, doradores é imagineros daban ser á los planes ideados por los filósofos y poetas de más nombre, á fin de que el hermoso bajele fuera simbólico é instructivo.

El 6 de Junio, recibidas las últimas instrucciones de su hermano y hecha peregrinacion á Montserrat, se embarcó en Barcelona, saliendo del puerto con 30 galeras y tocando en Génova, Nápoles y Mesina, puntos

en que fué recibido con gran fiesta y agasajos.

En la segunda ciudad, por embajada de Su Santidad, recibió una espada, el baston de mando y el estandarte de la liga, de damasco azul, con un crucifijo, á cuyo pié estaban las armas pontificias, con las de España á la derecha y las de Venecia á la izquierda, ligadas por una cadena de la que estaban suspendidas las de D. Juan de Austria.

En Mesina se fueron agregando á la armada las escuadras de los distintos dominios de España, las de Venecia y las del Papa, sumando 300 bajales con 80.000 hombres, sobresaliendo seis galeras, cada una de las cuales montaba 40 cañones, embarcaciones de nueva invencion, que iban á probar sus condiciones para la guerra.

Hubo consejo de jefes para tratar del plan de operaciones que debian seguir, pero don Juan de Austria dijo que se fuera á buscar al enemigo en el sitio en que se hallase, y así se hizo.

El domingo 9 de Octubre de 1571, dia famoso en los anales de la humanidad, acercándose la armada de la liga á la boca del golfo de Lepanto, sitio inmediato al en que se dió la batalla de Accium, se divisó la de los enemigos que avanzaba con lentitud.

La escuadra aliada iba en tres divisiones, la derecha al mando de Juan Andres Doria, la izquierda al mando del almirante veneciano Barbariego, ocupando el centro don Juan, sostenido por Colonna y Veniero, capitanes generales del Papa y de los venecianos, y cerrando la retaguardia el marques de Santa Cruz á cuya serenidad imperturbable

se había confiado la division de reserva, con orden de acudir á donde lo creyera necesario. Presentaban las galeras un frente de tres millas y llevaban á los flancos las potentes galeras.

Los mahometanos se adelantaban en forma de media luna, arbolando la insignia en el centro Alí-Bajá; dirigía la derecha Mahomed Siroco, virrey de Egipto, la izquierda el argelino Uluc-Ali, y contra lo que se esperaba, reunian fuerzas superiores á las de los aliados, pasando de 250 las galeras grandes, sin las otras embarcaciones y con un contingente de 120.000 hombres. El príncipe se puso en un esquife, y recorrió la línea, animando á los soldados y saludando afectuosamente á los jefes; mandó despues tocar las trompetas á batalla, y cuando sonó el primer cañonazo de los turcos, tomando un crucifijo en la mano, se arrodilló con toda su gente, rindiendo las armas, en tanto que un sacerdote revestido pronunciaba la absolucion: ¡cuadro solemne é imponente, iluminado por el sol del mediodia! Distinguiéndose la galera real de Alí por las banderas que traía, á ella dirigió la proa D. Juan, recibiendo la descarga de su artillería algo lejos, y sin más pérdida que algunos remeros, contestó casi en el momento de embestir con el espolon, y estando cargados los cañones con metralla y trozos de cadenas, hizo un estrago terrible en los turcos. Siete galeras apoyaban la de Alí, que, con las que seguian al generalísimo, formaron un grupo compacto, batiéndose al arma blanca, con encarnizamiento, ya en la cubierta de una, ya en la de la otra, segun la alternativa de las acome-

tidas. Hubo arcabucero que disparó cuarenta veces, y al cabo de hora y media estaba la pelea como en un principio, rechazados dos veces los españoles y herido el príncipe en un pié. Por fin, dando las trompetas la señal del tercer abordaje, en el empuje cayó muerto Ali Bajá, con lo cual desmayaron los suyos, y derribadas las banderas, se enarboló la cruz en la capitana turca, gritando victoria los soldados. El humo de la pólvora no consentía ver lo que ocurría en las otras, donde se combatía con el mismo ardor; más lo veía muy bien el marques de Santa Cruz, y cayendo con todo el peso de su escuadra de reserva, inclinaba la balanza, donde los mahometanos se creían vencedores. Puestos en fuga, obedeciendo las órdenes de Uluc Ali, fueron perseguidos y acosados.

Jamás lograron las armas de la cristianidad en la mar victoria tan decisiva y brillante. Los mahometanos perdieron 30.000 hombres entre muertos y prisioneros y 130 galeras, apresadas y repartidas entre los vencedores, sin las que se fueron á pique, con riquísimo botín de oro y joyas, y la libertad de 12.000 cautivos que andaban al remo.

Las pérdidas de la liga fueron comparativamente pequeñas, no llegando á ocho mil los muertos, de ellos dos mil españoles, 800 romanos y el resto venecianos.

La entrada de la armada en Mesina, llevando las presas á remolque, con la popa por delante y por escarnio, y las banderas de la media luna arrastrando por el agua, el estruendo de la artillería, la voz de las trompetas, y el clamoreo del pueblo que cubría los muelles, ofrecían una escena que

no se describe. La ciudad decidió levantar una estatua de bronce al príncipe, y le ofreció un presente de treinta mil coronas, que aceptó con gratitud, destinándolas, lo mismo que la parte que le correspondía del botín, para alivio y socorro de los heridos. No fué menor en España, y en los pueblos coaligados al recibir la noticia de la victoria; celebráronse fiestas brillantes, y el Senado de Venecia acordó que lo fuera siempre nacional el 7 de Octubre. D. Juan recibió felicitaciones de todas partes, siendo la de su hermano el Rey expresiva y cariñosa.

A estar en manos del caudillo de la liga la prosecucion de las hostilidades, las hubiera llevado bajo los muros de Constantínopla y hubiera sido mucho más grande el fruto conseguido, más los coaligados á quienes lo propuso, hallaron excusa por lo avanzado de la estacion, y con otras nuevas se dejó pasar la del año siguiente sin operacion de importancia. Los turcos respiraron y pudieron rehacer su escuadra, aunque más cauta, rehusó la nueva batalla presentada por don Juan ante Navarino. La muerte del Pontífice, alma de la liga, debilitó los lazos que no tardaron en romper los venecianos, firmando aisladamente la paz con el gran Señor.

D. Juan no se separó de sus marinos, sin dejarles memoria de la estimacion en que tenía á los que habian compartido sus laureles. En el Puerto de Santa Maria, invernadero de las galeras de España, fundó un Hospital para las tripulaciones, con templo anexo, que, por su mediacion é influencia, obtuvo del Pontífice los mismos privilegios que la Basílica de San Juan de Letran. Allí depositó el

príncipe los ornamentos y vasos sagrados que llevaba su galera real y la sagrada imagen de la Virgen, que desde la batalla de Lepanto, á cuyo fuego estuvo expuesta, se llama Nuestra Señora de la Victoria.

El 1.º de Octubre de 1578 sucumbió en medio de su ejército en la batalla de Femblois contra Flandes. El entierro que se le hizo fué pasearle por todo el ejército, en hombros de los maestros de campo, arrastrando los soldados, picas y banderas negras, y embalsamado se depositó en Namur, hasta que pudo traerse al Escorial.

Corta fué su vida, pero bien aprovechada, ya que conquistó el aprecio de sus iguales, el amor de sus inferiores, el concepto de gran capitán y la simpatía de todos los españoles.

Hoy se halla en la Capilla del panteón de marinos ilustres.

Termino diciendo que esta victoria imborrable de la memoria de los pueblos cristianos, y también de los que no lo son, fué celebrada con la institución de la fiesta de la Virgen de las Victorias, que es la fiesta del Santísimo Rosario, y perpetuada en las familias y pueblos creyentes por las instancias amorosas del por mil títulos venerable pontífice que hoy rige maravillosamente el timón de la nave de Pedro, esperando de tan sencilla y sublime devoción la regeneración de nuestra sociedad que muere de anemia espiritual.

He dicho.

DISCURSO

DE

Don Antonio Hernandez y Gras

SEÑORES

No extrañéis que empiece á hablaros con lengua balbuciente. Por el respeto que me infunde vuestra presencia y por el entusiasmo que, aceleradamente, se ha ido acrecentando en mi pecho desde el comienzo de este acto, me domina una emoción que no puedo contener. He de felicitaros á vosotros y á mí mismo. A vosotros porque con vuestra presencia, realzando y dando esplendor á este acto, demostráis que vuestros corazones laten al unísono con los de los que hemos constituido este Círculo, cuando se trata de dar gloria á Dios, y fomentar el bien de nuestra patria; á mí porque cual nunca, me enardecen esos dos ideales «Dios y Patria.»

Los elocuentes discursos que se acaban de pronunciar, han pulsado las cuerdas más sensibles de mi corazón.

La magnificencia desplegada por el Omnipotente en su obra que con tanta erudición y elocuencia ha descrito el Sr. Arnaldo;

la variedad estética de los fenómenos naturales, cuyas leyes constituyen esas ciencias maravillosas en cuyo estudio han encanecido los sabios más ilustres de todos los tiempos, me hacen admirar más intensamente y suspirar con más vehemencia el primero y más dulce ensueño de mi vida.

Pero luego suspiro por mi patria, por esa patria querida llena de esplendor un día y hoy tan desgraciada. La enfermedad mortal que el racionalismo ha inoculado en la sociedad entera, degradándola con una corrupción denigrante, también se ha apoderado de España, y ha mustiado sus laureles; la ha llenado de ignominia; la ha despojado de sus grandezas; la ha hecho prevaricar, y la ha marchitado como una flor tronchada. A medida que pasan los días veo más acentuada la huella de su dolor, y su semblante me descubre cada vez más la causa de su tortura. Veo que se extremece tambaleándose sobre sus propios cimientos. Es que falta allí lo único que puede sostenerla. Dios. Dios que le ha sido arrancado y no le devolverán ni el genio, ni la elocuencia ni el saber de sus hijos materializados. Las naciones como los individuos no pueden ser grandes sin dar á Dios lo que se le debe. España se ha olvidado de ello dejando de ser cristiana y con el cristianismo ha perdido la causa y sosten de su grandeza.

Recorred sino su historia y véreis como su esplendor y pujanza pueden estimarse en la medida en que ha sido cristiana.

Vedla cuando se apodera de ella el pueblo que convertido en azote de Dios, destruye y aniquila al coloso de la antigüedad; su

estado es deplorable; el arrianismo impera en ella con los recién venidos de la Escitia y de las selvas germánicas; pero apenas se realiza la unidad católica en tiempos del inmortal Recaredo, el tercer Concilio toledano abre una época grande é interesante para nuestra patria. Entonces, la armonía entre la Iglesia y el Estado, la prosperidad de la nación, las virtudes religiosas y cívicas practicadas, las leyes justas y equitativas emanadas de las respetables, ilustres y distinguidísimas asambleas que inmortalizaron la capital de la monarquía visigoda; la grandeza de la Literatura que tuvo á su frente á Isidoro, á Leandro, á Fulgencio, Braulio y Eugenio; que produjo obras como las *Etimologías* y el *Fuero-Juzgo*, y lo sublime del arte que inspiró esas obras que tanto nos admiran, todo, todo demuestra que Dios estaba en aquella nación.

Más ¡ay! los que recibieron tales beneficios tornáronse ingratos, y atraieron la maldición del Cielo.

Los malos ejemplos de un Rey perverso viciaron á los súbditos, enervaron su valor, extinguieron su heroísmo pátrio, y auxiliado el muslim, por el hombre más detestable de nuestra historia, seducido y envalentonado por el apóstata D. Oppas, se lanza furioso sobre nuestro suelo, y, blandiendo el corvo alfanje, tiñe las aguas del Guadalete con la sangre de la ingrata España.

Puede decirse que el cristianismo en España murió con ella entonces; pero con ella resucita, cuando en lo más fragoso y áspero de las montañas de Asturias, se reconcentran unos mil hombres, resto del pueblo go-

do y, enardecidos por la fé de Cristo, se aventuran á la empresa más grande que yo admiro en la Historia. Postrados fervientes ante la Virgen de Covadonga, al mismo tiempo que en Sobrarbe y Ribagorza les imitan otros valientes, sobreponiendo á todo la gloria de Dios y el amor patrio, alzan en alto una cruz, debajo de ella despliegan una bandera, se aprestan á una lucha gigante que han de presenciar ocho siglos, y en aquellos lugares mismos donde tantas veces se habian mustiado los laureles de sus antepasados, un puñado de montañeses logra vencer á sesenta mil hombres de un ejército que acaba de conquistar la Persia, la Siria, el Egipto, y de dominar el Africa. La fé de aquellos hombres forma los reinos de Asturias y Leon, el condado de Castilla, los reinos de Navarra y Aragon y el condado de Barcelona; y sin olvidar en medio de sus victorias, que las deben á Jesucristo su Rey, le ofrecen el verdor de sus laureles. Por esto extiende la Cruz sus dominios, y la que se alzó en Covadonga es la misma que pone Alfonso VI en los adarves de Toledo, Alfonso el Batallador en los almenares de Zaragoza, la que se enarbola en las Navas de Tolosa, en los muros de Mallorca y en las almenas de Valencia; es la que tremola Fernando III en la cúpula de la grande Aljama de Córdoba y en la torre de la Giralda de Sevilla, la misma que Alfonso XI lleva á Algeciras y la que los Reyes Católicos plantan en 1492 en la Alhambra de Granada.

Pero no fué esta toda la grandeza de nuestra pátria. Las aspiraciones del pueblo español se elevan hasta el trono del Altísimo

desde donde descenden realizadas. Y ved como por medio de Colon se la ofrece un nuevo mundo en cuyo hemisferio brillan estrellas nunca imaginadas ni por Tolomeo ni por Hiparco.

No habia de tardar mucho tiempo que un fraile apóstota, el execrable Lutero, desde el Castillo de Watzburgo habia de segregar preciosos dominios de la Iglesia. España fué la elegida de entre las naciones para reparar aquella pérdida, y heos aquí que suscita genios como Cortés, Pizarro, Cisneros y Gonzalo de Córdoba, que con entusiasmo admirable, llevan á las salvajes regiones del Mediodia y Norte de América, á Orán y á Italia la Cruz de Cristo y el habla de Cervantes.

Ha llegado para España un periodo de grandeza tal que durante un siglo es como un jardin cuyos perfumes y hermosura atraen las miradas del Cielo. Jesucristo reina en ella, y por eso á los nombres de Isabel y Fernando hay que juntar los de principes tan esclarecidos como Cárlos I y Felipe II. Por eso brillan en su cielo como estrellas de primera magnitud santos como Vicente Ferrer, Juan de Dios, Francisco Javier, Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, Teresa de Jesus, y otros cuyas virtudes son precioso fruto de la fé que heredaron de sus antepasados.

La literatura está en su edad de oro, enriquecida con las obras de Fray Luis de Granada, Fray Luis de Leon, Cervantes, Covarrubias, Antonio Agustin, Vives, Hurtado de Mendoza, Ercilla y muchos más escritores, teólogos, filósofos, jurisconsultos é historiadores que son el prototipo del genio espa-

ñol. Por eso todas las virtudes reinan y fructifican, la caridad estrecha en un solo lazo á todas las clases, y si la nobleza tiene privilegios el pueblo los tiene más grandes cuando se reúne en gremios, y sus hijos pueden llegar á intervenir en el manejo de los más sagrados intereses de la nación, elevándose por la santidad, las letras ó la ciencia. El derecho porque se rige cada region es el escrito en sus propios fueros; no se imponen más tributos que los que el mismo pueblo vota por medio de sus Procuradores en Cortes. La agricultura y la industria protegidas, están á tal altura que, por si solas, bastan á satisfacer todas las necesidades y sus productos compiten con los de todo el mundo.

España, señores es el pueblo de Dios y cada español cual otro Josué siente en si fé y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas, ó para atajar al sol en su carrera. Nada resulta imposible; la fé de aquellos hombres que parecen guarnecidos de triple lámina de bronce, es la fé que mueve de su lugar las montañas». Por eso hundien en el golfo de Corinto las soberbias naves del tirano de Grecia, salvan por ministerio del jóven de Austria la Europa occidental del segundo y postrer amago del islamismo y rompen las huestes luteranas en las marismas bátavas. Nuestra pátria es evangelizadora de la mitad del orbe, martillo de hereges, luz de Trento, espada de Roma, y progresa tanto que la imaginacion no acierta á soñar un pueblo tan grande como la España de los Reyes Católicos, de Carlos I y de Felipe II. Esta es nuestra grandeza: tanto me entusiasmo que diera gustoso mi vida,

para sentir sus encantos en mi último suspiro.

Pronto se ofuscó tanto esplendor. Apenas sube al trono Felipe IV, dejándose sobreponer por el Conde-Duque de Olivares, debilita las relaciones de la Iglesia con el Estado, centraliza el poder, intenta matar los fueros. originando la memorable proclamacion de fe que hizo Cataluña, España empieza á decaer sensiblemente, y nuestras posesiones se van perdiendo á medida que la fé se debilita en los gobernantes.

Un sacudimiento brusco habia conmovido á la Europa, y España se resintió bastante. A consecuencia de ello, Carlos III el Rey más imbécil de cuantos han existido, y cuya corte estaba formada por afrancesados, prosélitos de la filosofía que nació de entre las inmundicias del Renacimiento y de los errores del naturalismo imperante en el Norte, empieza á demoler las bases de la constitucion que el dedo de Dios habia escrito en nuestra historia. En 1758 establece el Pase Regio en la forma que se encuentra en el libro II de la Novísima Recopilacion, dando así el primer paso para aherrojar á la Iglesia, única depositaria de los gérmenes que producen la felicidad de los pueblos. No bastaba con esto, era preciso apartar lejos á los ínclitos apóstoles del Evangelio para destruir el reinado de Cristo, y heos aquí que en la noche del 31 de Marzo de 1767 se expulsa á los preclaros hijos de la Compañía de Jesus en la forma inicua que todos sabeis y por motivos sepultados en aquel real pecho devorado en sus últimos momentos por las torturas de un remordimiento tardío.

Poco tiempo despues en 1793 la capital de Francia vé sus calles inundadas de sangre cristiana por un populacho que, con la antorcha incendiaria en una mano y el puñal homicida en la otra se embriaga con sus crímenes ya que no puede herir al mismo Dios. Una multitud de sofistas que hacían corro á Proudhon, Voltaire y Rosseau habían trastornado los cerebros; esparcieron gérmenes deleteréos en la admósfera y las águilas de Napoteon I franqueando la frontera los depositaron en nuestra pátria. Y ved como en las constituyentes del año 12 celebradas en Cadiz, mientras en el Pirineo retumban los disparos que los héroes de la Independencia, hacian contra el invasor, un grupo de afrancesados inoculan á la enfermiza España la sangre fluida de tres revoluciones que han afligido á la Europa moderna. España en sus cimientos ya no era cristiana y ved como en el año 35 se reproducen las escenas de la Comunque y la sangre de los ungidos del Señor corre á torrentes clamando á los cielos venganza. Apesar de haberse enriquecido con los bienes arrebatados á las que llamaron manos muertas, España yace en la miseria. El racionalismo se ha infiltrado bajo uno ú otro aspecto en su organismo y la ha convertido en un monton de ruinas.

Se ha olvidado de su bautismo; ya no dirige sus miradas al Cielo; se revuelve cada vez más entre las miserias del siglo XIX que, tentado á sufrir el encanto, á embriagarse de sus propias grandezas, ha sido envenenado por la irreligion; se materializa cada vez más y su amargura se acrecienta; sus hijos tienen el espíritu embrutecido, embotado por

las pasiones y la materia les domina; la ciencia se extingue entre las lucubraciones de la razon extraviada; la industria muere; la barbarie se extiende y el afrentoso estigma de la corrupcion empieza á destacarse en la frente de la que destelló más luz que el Sol en su continua carrera.

Ahora podeis juzgar si precisa una union sólida entre los que tenemos la dicha de sentir las sublimes inspiraciones de un amor que está sobre todas las cosas: el amor á Dios y á nuestra madre pátria. Para ello, hemos de dejar como ha dicho el Sr. Presidente mezquinas pasiones que á nada conducen; acatar los mandatos de nuestro venerable Pontífice Leon XIII, agrupándonos bajo la bandera que desplegó no ha mucho, y trabajar cada uno en lo posible, aplicando los remedios que con tanta oportunidad y elocuencia ha señalado el Sr. Clavera, y así, no lo dudeis, el dulcísimo Corazon de Jesus se compadecerá de su amada España, derramará en abundancia sus inefables dotes sobre ella, dándola con su luz todo el esplendor, toda la gloria, toda la riqueza y todo el poder que tuvo en su edad de oro.

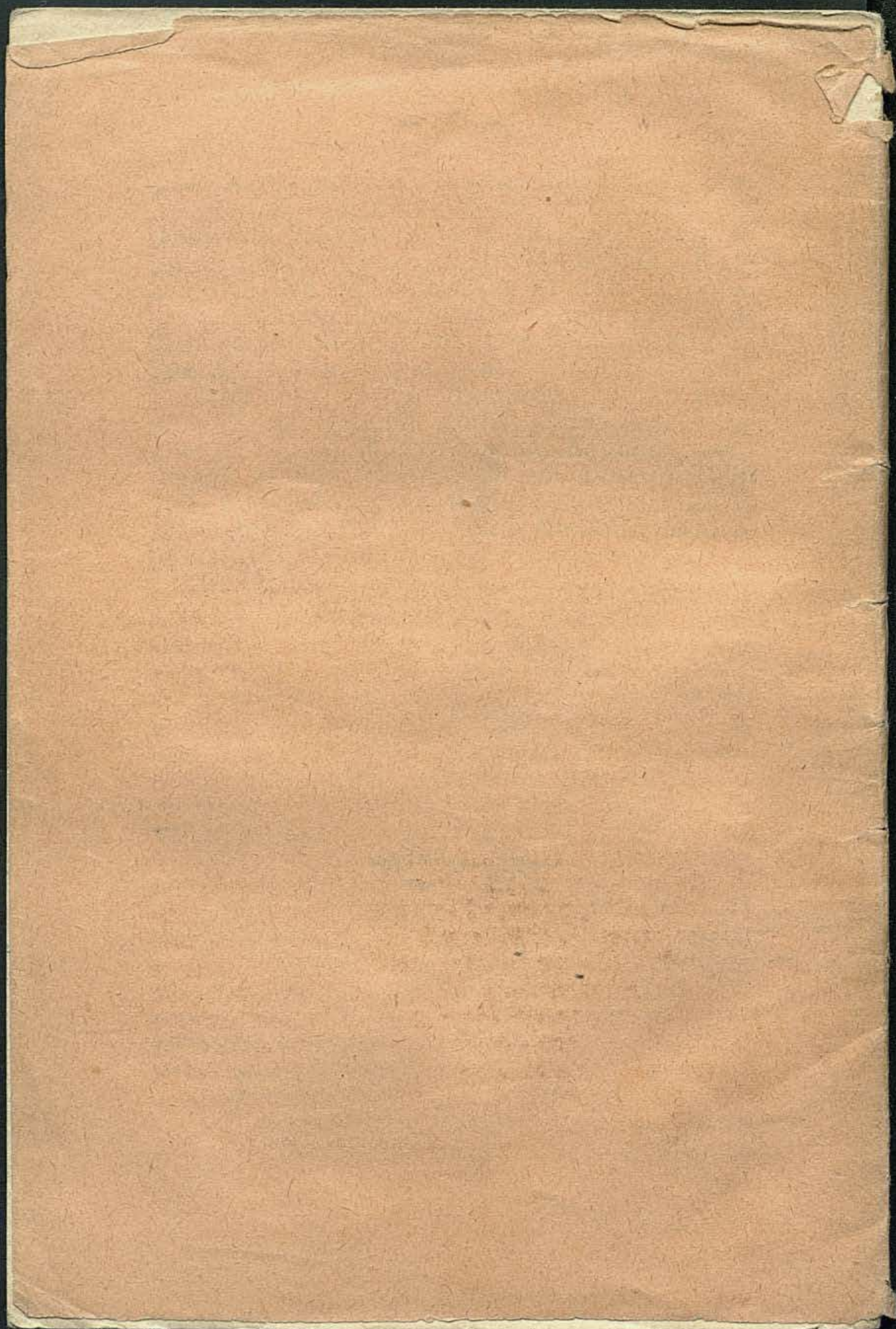
Esto es cuanto se propone alcanzar este Círculo. Ved, pues, si tenia razon en felicitarnos porque deseais lo mismo. Nunca señores podia imaginarse inaugurar las sesiones con una concurrencia tan escogida é ilustrada como la que me está escuchando. Así es que haciéndome eco de las impresiones que esto ha causado en la Junta Dirèctiva, he de daros las más expresivas gracias por la atencion que os ha merecido al invitaros, y en especial he de dirigirme para ello á las comi-

siones que nos han distinguido con su presencia, al respetable Clero, al Claustro del Instituto Provincial, al M.ltre. Sr. Fiscal de la Audiencia Provincial, á la Sociedad Económica de Amigos del Pais, á los Iltres. Colegios de Abogados y Médico-Quirúrgico, á la Asociacion Catalanista, Comision de Monumentos y á la prensa local.

Este acto será de recuerdo perenne para este Círculo que nacido bajo tan buenos auspicios, espera la cooperacion de todos para llegar al feliz término de su cometido y si esto no puede lograr, al menos que sus obras detengan el brazo del Señor justamente airado contra nosotros.

He dicho.





10
2481
fango
C
SESION INAUGURAL

DEL

Círculo de Lérida

CELEBRADA

EN 1.º DE ENERO DE 1896



LERIDA

IMPRESA Y LIBRERÍA DE JOSÉ ANTONIO PAGÉS

1896